

# El monismo trascendental andino-patagónico de los mapuche: el horizonte de la Naturaleza donde cosmos, hombre y Dios se unen

Ziley Mora Penroz  
Universidad del Bío-Bío

## I. Notas para esclarecer el enigma de la naturaleza humana y su destino.

<i>Kom mapu kiñengey müten</i>	Todos los mundos son uno sólo
<i>kom kiñe mew müten deumaley:</i>	todo está hecho de lo mismo:
<i>pu ngünechen, pu püllü, ka pu</i>	los dioses, los espíritus, las
<i>wangülen</i>	estrellas
<i>pu mawida, kura, ka pu che</i>	las plantas, las piedras y las gentes.
<i>Kom dungu kaley ñi ad nengümklekey</i>	Todo cambia y se mueve
<i>welu lakelay, lalay</i>	pero no se muere;
<i>Inchiñ taiñ püllü mawida rekeley</i>	nuestro espíritu es como un árbol:
<i>trupakey, tremkey, rayikey ka</i>	nace, crece, florece y da semillas.
<i>fünkey</i>	Nunca terminamos de vivir
<i>ruf afkelay taiñ mongen</i>	porque sólo cambia la cáscara de la
<i>re fün ñi trolüf kaley ñi ad</i>	semilla

Epigrama sacado del libro: "Yerpún, el libro sagrado de la tierra del Sur"

De acuerdo a la visión mapuche del mundo, - el principal tronco indígena del Chile mestizo - la identidad común que recorre y hermana a todos los seres de la Naturaleza es la *Füta Newen*, la "Gran Fuerza", la Gran Energía que no solo le otorga unidad fundamental al mundo, sino que además divinidad y trascendencia. El universo es sagrado como una totalidad, dado que en todo - desde las piedras hasta los dioses - pasa y recorre una misma "sangre", divina e invisible, porque *kom kiñe mew müten deumaley*: "todo está hecho de lo mismo". Pero dicha sacralidad, que implica reverencia y respeto a ese Ser total del universo, no implica que sea igual o idéntica en cada uno de sus niveles o "plataformas" (Nada más ajeno a la concepción mapuche que una supuesta y mentirosa "igualdad" o igualitarismo en los seres o en los procesos de una Naturaleza en constante transformación, bullente como la vida al interior de un árbol que se pudre o de un volcán en erupción, lleno de diversidad, de aristas, de niveles, de temperaturas, de cumbres y abismos). La visión mapuche del mundo implica y conduce a ver las cosas y sus propiedades en cuanto energía radiante, en cuanto fenómenos de energía, la que se expresa como *procesos vibratorios* de diferente densidad, intensidad, y por ende, de diferente *calidad*, dependiendo del momento en que se observe el fenómeno. Todo depende cuándo y desde dónde estemos observando ese árbol de nuestro epigrama del "Yerpún": si en la fase donde apenas comienza como un embrión brotando, o en la fase de esparcimiento de sus semillas, en plena madurez. Directamente, el epigrama aplica dicha imagen al mundo humano. En consecuencia, aquí nos enfrentamos o

caemos de bruces con la complejidad de este Todo, viviente y en transformación, que es el gran útero de la Naturaleza. ¿Dónde comienza exactamente el fenómeno de lo humano y dónde termina? ¿Cuál es la meta del proceso de la vida humana?

Frente a lo primero, no hay en la cultura mapuche un concepto que fije un estadio particular de comienzo de lo humano, en ese gigantesco caldo de posibilidades que es la energía mineral, vegetal y animal de la Naturaleza, con su perpetuo e "inestable equilibrio". Nadie podría, de un modo categórico contradecir con sólido fundamento, que un testigo, por ejemplo, viera aullando un coyote bajo la luna llena, y que éste mismo testigo dijera: "he ahí la prefiguración animal de una futura nostalgia humana por la infinitud del firmamento"; porque todo puede ser nada más y sólo una cuestión de tiempo, para que se operen las evoluciones o transformaciones necesarias en la naturaleza íntima del coyote. Como tampoco nadie podría asegurar que, al despedir ante su tumba a un cuerpo con toda la apariencia de lo humano, de ochenta conocidos y reconocidos años de vida, que a ciencia cierta se estuviere despidiendo en ese cementerio a un genuino "ser humano". Porque acaso nunca lo fue. Porque probablemente en dicho individuo nunca se operaron las "transformaciones necesarias" para serlo o alcanzarlo, o quizá, no se hayan dado todavía... (Conocida es por este autor y otros investigadores, del "disfraz humano" de algunos entes animales denominados como *witranalwe* - zombies - que, o bien usaron un coito pasional para advenir a la existencia con ropaje de humano, o bien, usaron a un "candidato a humano", donde un cierto tipo de inteligencia animal lo despoja de su conciencia, "succionándole el yo", que es la exacta traducción de la categoría *witranalwe*: "alma succionada"). En el ascenso hacia lo humano-divino, el camino está lleno de trampas y de poderes en acecho para robar o fagocitar energía. Pero antes de avanzar, conviene recordar y resumir aquí ¿qué es el hombre? para el pensamiento indígena precolombino.

El supuesto antropológico subyacente de la pedagogía del mito (no solo mapuche, sino de todo mito cosmogónico y antropológico aborigen americano), es que el hombre es una "divinidad degradada". El hombre sería una conciencia celeste que se aherrojó, a consecuencia de la caída en la materia, olvidando su antiguo origen divino. Este hecho fundamental es lo que el mito le viene a recordar y enseñar al hombre, a todo hombre, al indígena latinoamericano, al mestizo criollo y al europeo occidentalizado. Además le viene a decir que él debe valerse de sus propias fuerzas (autoconfianza) para emprender el ascenso, el retorno del "camino a casa". El mensaje central es que para hacer posible ese ascender del camino de la vida, implica mutar de condición, evolucionar. Y para ello, implica a su vez hacer actos -muchas veces hazañas- que vayan contra la dirección de la flecha decadente del tiempo, es decir contra la entropía, aquella segunda ley de la termodinámica. Se trata de experimentar la vida como una suerte de "empresa-para-asaltar-el-Cielo", donde el estado del despertar se vuelve imprescindible. Lo heroico y los actos que se escapan de la pauta que impone el "software" cerebral, entonces, pasa a ser la substancia de la vida, lo que exige e implica verla siempre al modo de los viejos *koná* o guerreros nativos de la Araucanía, tan coincidente con la moral de los samurai, y tan propia

también del camino de los místicos, los estoicos, templarios y hermetistas; vale decir *sub species aeternitatis*: "bajo la mirada de la eternidad".

Y hay además una clara función sociológica y epistemológica que el mito indígena nos proporciona y que, hoy es más necesaria que nunca, a causa de la infinita confusión de la vida moderna del tercer milenio. El mito tiene por fin último, - hoy más "salvador" que nunca - romper con la automatización que cargamos desde nuestra infancia, cada día agudizada por los procesos de información *on line*. Porque mientras más "avanzan" las sociedades, más automáticas se ponen - menos humanas - y limitadas. La tecnología cibernética y los microprocesadores coartan la riqueza del mundo en que vivimos al inhibir las respuestas sin dicotomía racional sujeto-objeto y pensadas de modo personal y "artesanal", en procesos no inducidos ni "preformateados" por un programa cultural previo. Para ese torrente, para ese "vómito" masivo de actos automáticos que provocan atochamiento neuronal y nula respuesta personal y libre del individuo, el viejo mito indígena es el remedio. Nos sirve para combatir esa parálisis del libre espíritu humano y ese "alzheimer cultural" respecto a la "memoria del origen", porque nos devuelve la imagen primigenia, más infantil y más intensa de las cosas, tal como si se las viera o sintiera por primera vez. El mismo efecto puede tener sobre la conciencia cierto tipo de arte tribal.

Si para señalar el inicio de la aventura humana, en el idioma mapuche no hay ni un marcador lingüístico específico ni menos unas claras funciones reconocibles como tal, distinto es el caso para la pregunta ¿dónde termina lo humano? ¿cuál es su meta? Aquí sí que existe un concepto y una palabra muy precisa en mapudungún: el concepto o categoría *pillán*, que es - repitámoslo de nuevo - el matrimonio místico del espíritu (*pellü*) con el alma (*am*). Alcanzar dicho estadio evolutivo equivale exactamente a lograr un poder o dominio en la esfera superior del cosmos, haciéndose por fin dueño de sí mismo, y por ende, de otras energías y seres que se le subordinan. Estrictamente hablando, el estadio *pillán* convierte al individuo en algo más que un ser humano. Lo vuelve en un "dios" planetario, en un *daimon* regente de ciertas porciones de la realidad inferior sublunar, *daimon-dios* que se asocia a fenómenos estelares, propios de los astros del firmamento. Aquí entonces se cierra el círculo de la vida humana, la que comenzara remotamente en el visible y denso cosmos de las piedras y sus elementos ("cuerpo" - *kalil* - literalmente significa "la otra roca"), que luego de ascender, evolucionar y transformarse, vuelve a la matriz de las estrellas, lugar desde donde arrancó el impulso primero: del mismísimo cosmos superior de las deidades. Es más; se regresa para ingresar en la categoría celeste, a la auténtica categoría que deviene la identidad última de lo humano y que allí sencillamente se retoma o reconquista: la divina.

La misma energía recorre los diferentes "mundos" o pisos cósmicos mapuches: lo mismo circula en los matorrales, los pájaros, los animales, las estrellas, los dioses. En esta cultura o filosofía precolombina, todos los pisos cósmicos (*ñom*: "lugares o plataformas del cosmos"), aunque no sean iguales tienen idéntica estructura y se corresponden entre sí, al modo de "calcos" o copias que se

autoreflejan, sean hacia "arriba" o "hacia abajo". Y dentro del infinito-circular que sería el "contenido" del Universo mapuche, la tradición contradistingue siete pisos o *ñom* cósmicos fundamentales; cifra que a su vez se reduplica - en idéntico orden y fiel a la plantilla estructural - en otros mundos o niveles de mundos, desconocidos a causa de la infinitud del universo. Tales reduplicaciones se rigen según el principio de correspondencia del viejo hermetismo egipcio: "como es arriba es abajo; como abajo es arriba, como dentro es afuera; como afuera es adentro". En términos propios de ciertas ancianas indígenas, en una ocasión referían este principio de este modo: "allá arriba - en el otro mundo - es igual que aquí, para allá *too*, *too* es *güeno*" ("todo, todo es perfecto").

Esos siete pisos cósmicos, - que son reflejados en los siete peldaños del *rewe* (la escalera sagrada tallada en un tronco de roble), peldaños o gradas que reciben el ascenso ritual de la *machi*, "mujer shamán"-, aparecen divididos en dos clases: tres pisos "inferiores" y cuatro "superiores". Los tres inferiores dicen relación con el "mundo de abajo", mientras que los cuatro superiores dicen relación con el "mundo de Arriba" o "Cielo" (literalmente, el *wenumapu*, significa "tierra de lo alto") Así tenemos el esquema:

## I Pisos inferiores: MAPU (la tierra)

↑ 3	<i>Ankamapu</i> (mundo intermedio, incorpóreo, reina el plano astral de la atmósfera)
2	<i>Mapu</i> o <i>nag mapu</i> (tierra, plataforma "donde ahora estamos" el mundo invisible; reina el bien y el mal)
1	<i>Minchemapu</i> (mundo de abajo, el submundo, inferior a este mundo visible: predomina el mal)

## II Pisos superiores: WENUMAPU (El Cielo)

7	<i>Regle ñom wenu</i> : Dioses superiores y Grandes Dominadores
6	<i>Kayuñom wenu</i> : Dioses o Daimon regentes planetarios
5	<i>Kila ñom wenu</i> : Dominadores o "dueños" de las gentes
4	<i>Meli ñom wenu</i> . Espíritus y pillanes

Cada uno de estos siete planos o plataformas, a su vez están subdivididas por cuatro niveles con sus respectivos cuatro subniveles. En razón de esto y a causa que el *wenumapu* o "Cielo" tiene cuatro pisos o *ñom*, que la cifra cuatro (4), "*meli*", sea el más sagrado de los números mapuches. Así por ejemplo, en el primer nivel del *wenumapu*, el llamado *meli ñom wenu*, habitan los dioses de la salud, residentes en una comunidad de cuatro, los que rigen el planeta Venus, el *wünyelfe*, el benefactor de la aurora, quien purifica y magnetiza las aguas lustrales de las altas cascadas cordilleranas y el rocío matutino de las flores.

Estos siete niveles del cosmos condicionan y estructuran de un modo correspondiente, los siete estadios de la evolución o de la condición humana, en el hombre, por quien pasa y quien asume, la posibilidad de perfección y superación del universo. En él se realizaría entonces, una suerte de "reproducción a escala" de todo el cosmos a nivel de los siete estados evolutivos del Ser. Con el hombre, la partícula móvil y rebelde a un puro y exclusivo plano, nivel o piso, habitante de dos reinos (del visible corpóreo y del invisible energético), posibilidad de ser "residente" y "habitante" de cada uno de los siete pisos cósmicos, por él, la realidad puede ser autoconcebida en cuanto Ser.

Entonces, así como hay siete mundos, hay también siete “estados del alma”, siete dimensiones posibles de lo humano. El yo, el *inche*, - es decir la potencia autoconsciente más antigua y, además, obscuramente remota del impulso de la vida, - se torna en la bisagra en donde se encuentran y cruzan dichos reinos, dichos siete estados del Ser, con dichos siete pisos cósmicos. El Yo humano, es una de las pocas semillas conocidas donde el Ser ensayaría los grandes “proyectos evolutivos” del universo, nuevos arranques o ensayos de “salida hacia arriba”, salidas hacia lo improbable, susceptibles de alcanzar nuevas alturas o de conseguir nuevas expansiones para el Todo universal. El *inche* - cada uno de los embriones-yoes humanos - se esparcen como semillas en el almácigo de la Vida cósmica, con la esperanza del Universo de cosechar nuevos dioses o poderes autoconscientes, núcleos tales capaces de convertirse a su vez, en potencias creadoras y autocreadoras de nuevos mundos sin fin.

En consecuencia, la estructura septenaria del yo humano, la llama de la vida, capaz de alimentarse desde adentro y con “lo que está dentro de sí” (*Vide*: Cap. “*Inche*”), transita desde el nivel más grosero de la energía en estado de fosilización, -*kalil* “la otra roca”- al más refinado y eficaz, el estado espiritual del *pellü*, la finisa “piel nueva” del ser, autocompactada al grado de la invisibilidad. El proceso evolutivo del hombre viaja entonces de lo más denso como punto de partida (del *foro*, de los “huesos duros como piedra”) a lo más sutil, como punto de llegada (*ayon*, la “clara luz de amanecida”). Tales serían los estadios de ese recorrido, del itinerario del yo-alma, jalonado por siete etapas, las siete necesarias dimensiones para alcanzar “lo humano”, donde la conquista y el crecimiento del espíritu es el resultado final de un larguísimo proceso, nunca una facultad que llega “lista” y completa al momento de la concepción o al momento de salir el bebé del vientre de una mujer, tal como lo asume -*grosso modo*- la tradición cristiana de Occidente.

### El proceso ascendente de construcción del *Inche*, el Yo o Identidad humana.

Nivel o estadio	Categoría o concepto	Conceptualización y atributos mapuches	Distinciones occidentales

7	<i>Pillán</i>	La unión del espíritu con el alma, Dominador de una región celeste, Espíritu, <i>Daimon</i> regente, espíritu que se hizo "dios"	El hombre en estado de divinización, de astro espíritu humano, que se convierte en luz creadora luego de evolucionar.
6	<i>Pellü</i>	Potencia fina capaz de "tenerlo todo a la mano", "segunda piel", la nueva identidad consciente	Yo Superior activado por acrecentamiento del espíritu, por la chispa de la consciencia.
5	<i>Am</i>	Sedimento donde se aconcha o encierra la vida, el "alma" que encierra la forma típica y que "viaja"	Yo psicológico, la personalidad, el doble emocional, "alma" o psiquis.
4	<i>Alwe</i>	Fluido animal de las pasiones, la energía espectral o "cascaron" del alma.	Ánima, espectro, cascarón magnético.
3	<i>Liwe</i>	"principio de vida que brilla en la pupila de los ojos".	Magnetismo animal de la vida
2	<i>Loliñ-aywiñ</i>	"sombra" - "imagen reflejada"	Aura o imagen corporal, doble hologramático.
1	<i>Kalül</i>	"la otra roca", "la casa de los huesos"	Cuerpo, soma

He aquí la complejidad de nuestra identidad, donde lejos de la antigua trilogía (cuerpo-alma-espíritu: *soma-psiché-nous*), debemos pasar por siete "estados", siete almas o cuerpos sutiles si queremos la coronación y el título: "verdadero hombre", verdadera "persona", la que tampoco acaba en ella misma, sino que se "abre" a la identidad de un dios. Se distinguen y muestran, en consecuencia, los diversos niveles evolutivos del Ser, "condensados" en las diversas estadios o categorías de "alma" (de *psiqué*, en sentido amplio y genérico), con sus respectivos atributos.

Salta a la vista que esta antropología indígena dista mucho de la tradicional antropología cristiana y occidental, cuya fuente fundamental proviene de la

clásica definición que da el filósofo romano Boecio al concepto de *persona*: "substancia individual de naturaleza racional". Lo primero que se problematiza y entra en tela de juicio es ¿cuándo la persona alcanza dicho estado? Porque a la luz de este enfoque *in fieri* del "proyecto humano", sólo en la sexta o más bien en la séptima etapa, alcanzaría tal plenitud. En sentido estricto, sólo alcanzando la meta de *pillán*, meta transhumana, más allá de la historia de su existencia corporal, el hombre lograría la auténtica individualidad, la identidad profunda, cuál es, la de la autoconsciencia en cuanto potencia estelar y divina, que se autoconoce y autoposee, subsistiendo en y por sí misma; es decir logrando la condición de auténtica "substancia". Antes -y como es la típica y casi universal característica de los seis mil y tantos millones de ¿"personas"?- apenas calificaría para la denominación de "ente dependiente y relacional", apenas un grotesco esbozo del ideal "persona", hoy manipulado como nunca antes por una cultura moderna o postmoderna que perdió toda conexión con la sabiduría mítica y trascendental de las tradiciones arcaicas. Esta pseudocultura se ve impotente para forjar, preparar, y transformar -en el transcurso de una existencia-, el amasijo de sensaciones, información programada en el cerebro, emociones mecánicas, impulsos conductuales absolutamente condicionados, en algo parecido a un ser que se autoposea, con el poder del *kidu ngünewün*, la "libertad" mapuche, la que se acercaría al concepto de persona de Boecio. Es decir, un ser con "capacidad para volverse dueño de uno mismo, con propia individualidad, autoseñorío y con independencia interna"; es decir, con capacidad para alejarse de lo involutivo de sí mismo y no verse influenciado por sus propias pautas habituales de conducta.

Lo segundo impactante de la concepción mapuche en el tema "persona" o "ser humano", es que no todos los nacidos de mujer, en el supuesto caso que "califiquen" en el género próximo de la definición boeciana de "substancia individual", poseen (o logran poseer con el tiempo) la diferencia específica de "naturaleza racional". Porque de acuerdo a la visión indígena, lo que menos abunda en los actos humanos es el "buen pensar del *kimche*, del "hombre sabio". Lo que sí abunda es la naturaleza animal y bestial, mucho más antigua al interior del cerebro, preparado más bien para huir y atacar, para cercar el territorio, para intimidar, camuflar astutamente las intenciones, para hacer sufrir o enviarse masoquistamente con el sufrimiento, para engañar o autoengañarse, pero no listo y preparado para el juicio impersonal y magnánimo, para la lógica superior con alturas de miras, la que renuncia a un placer egoísta e inmediato, en aras de los intereses superiores de la evolución del género humano. A causa de esta deficiencia, de la ceguera y debilidad estructural de nuestro cortex animal, incapaz de sobreponerse a los circuitos del instinto y de las viejas pasiones, no es posible aún - como especie humana - hablar de su condición de "naturaleza racional" que cómodamente ha manejado la filosofía occidental. Esta ha olvidado que apenas existe como "potencia", no como "acto". El recurrido axioma de que el hombre "posee pensamiento racional", no pasa de ser una ilusión en el cerebro, lo mismo de que sería naturalmente capaz de actos altruistas y de amor a causa de esa supuesta naturaleza.



En cuanto especie *homo sapiens*, seríamos -según la visión mapuche- no una realidad en sí, plena y sustancial, sino apenas una posibilidad de ser real; lo humano aparece -en cada niño (a) que se asoma por el mundo- como una mera posibilidad y proyecto eventual, decisión que gradualmente pasaría a sus manos, si es que el individuo se quisiera habilitar para ello. El "primer nacimiento" desde la madre, sería solo una imagen, casi una figura simbólica del verdadero nacimiento, del "segundo nacimiento": la vida consciente del Espíritu, que en algún momento debiera ocurrir si es que se desea lograr el objetivo de por qué o para qué se viene a este mundo, el que en términos cristianos genuinos, coincide con la expresión de Ignacio de Loyola de "salvar el alma" y de "glorificar la Divina Majestad" dentro de nosotros.

La verdad es que de acuerdo a los más recientes antecedentes de la neurofisiología, el yo no existe, menos ese "yo" de Boecio que él llama "persona". *Lo que sí existe es una alucinación de ese yo que se piensa autónomo, o de ese tal sujeto que se cree un "corazón amante"*. Porque lo que tenemos en la cabeza, producto de quinientos millones de años de evolución homínida, es un aparato que simula lo que hay en el exterior, que desarrolló circuitos de percepción - pensamiento, como formas adaptativas al medio, pero son formas de la sensibilidad *ya incorporadas* al cerebro, estructuras fijas y pulimentadas a "fuego lento" por la herencia, un órgano tal como las manos, los pies o la piel, con los cuales venimos al nacer. Lo que tenemos dentro - sentencia el neurólogo Rodolfo Llinás en el libro "El mito del Yo" - "es un sistema capaz de hacer hipótesis sobre lo que hay afuera... *El cerebro es un aparato para soñar* y los ensueños ocurren de dos modos: de noche, cuando estamos dormidos y durante la vigilia. Cuando estamos en vigilia, también soñamos, pero a través de los sentidos, y no importa cómo sea el llamado "mundo externo", ya que lo observamos a través de los cinco sentidos, que son filtros sensoriales que nos representan las características y propiedades de todo aquello que nos rodea"<sup>1</sup>. Solo cuando un acto de pensamiento o de amor quiebra los típicos y condicionados circuitos preestablecidos en el cortex y éste se "revoluciona" al margen de la respuesta alucinatoria incorporada, podríamos hablar de "originalidad", "humanidad" o "libertad" en la conducta.

Y queda en pie, a consecuencia de esta revolucionaria visión mapuche del hombre, la más que inquietante de las preguntas: ¿Cuándo se comienza a ser persona? ¿Se lo es siempre desde que se nace? ¿Es persona todo 'engendro' - toda organizada masa protoplasmática con alto potencial de inteligencia pero nula sabiduría aunque perfecta genéticamente - "hecho" por el coito de una pareja? Nunca la irrupción o la "bajada de un espíritu", en la visión mapuche, pasaría al margen de la naturalísima unión sexual de los dos polos de la vida, el hombre y la mujer. Esta cultura, desde milenios ha percibido que la "electricidad" del coito, siempre será requisito para la posibilidad de hacer advenir la semilla de lo humano, pues "solo esa fuerza abre los Cielos", reza un viejo aforismo aborigen. Nadie engendra lo que ontológicamente no es, pues "la naturaleza no da saltos": inevitablemente se cumple el precepto bíblico de que los hijos heredan la índole

---

<sup>1</sup> En: "Rodolfo Llinás y el mito del Yo" Revista "Avianca", Marzo 2001, N° 266, Bogotá, Colombia.

y los defectos de los padres. La pregunta es entonces ¿quién es el verdadero “padre” de la criatura que se engendra? ¿El puro deseo animal inconsciente? ¿la fuerza de unas hormonas desbocadas? ¿la rutina sexual? ¿el deber tradicional de “tener descendencia”? O bien; el “padre” es la consciencia fulgurante de querer regalar al mundo un espíritu inmortal que lo transforme? En ausencia de la sabiduría que algo nos pueda garantizar, (por lo menos suspender de momento nuestras inteligentes pero igualmente alucinadas y condicionadas respuesta), diremos simplemente que, desde el punto de vista de la filosofía aborígen de Chile, nada se puede afirmar con el mero expediente de esperar a ver qué sale del vientre de una mujer. Aunque sí hay que advertir que la cultura mapuche disponía de un amplio repertorio de indicios que hacían preveer si lo que venía en camino era un embrión de humanidad o un embrión de manifiesta animalidad, encubierta con el ropaje genético de lo “humano”. Habría, en verdad que esperar a ver a posteriori, cómo y de qué manera se modifica el “vientre del universo”, para discernir si se trata de un embarazo humano y viable, o si la tierra, la *mapu*, una vez más ha sido fecundada por (o con) un ente animal, “disfrazado” de persona, que en verdad viene a retrasar o abortar el proyecto de Dios, que es cuidar y velar por su “almácigo de dioses”, sus hijos<sup>2</sup>. Antiguamente las madres indígenas prohibían a las hijas que aceptaran la cópula sexual cerca de lugares bajos y húmedos, en los bordes de los pantanos, donde era seguro que habían espectros desencarnados de cuerpos animales, siempre en acecho de una segunda oportunidad en algún vientre disponible (obviamente se valían del propio instinto animal de una pareja inconsciente, para “introducirse” de nuevo en la vida) Es justo también dejar consignado, que también, ese mismo vientre femenino, en alguna excepcionalísima ocasión, podría quedar embarazado de un Dios, del “alma del sol” tal como una vez ocurrió, según dice el mito, pero donde fue prerequisite que la doncella “subiera” a una montaña, y fuera “limpia” y pura.

Tenemos pues, que la verdadera “madre de todas las batallas” que el guerrero o *koná* ancestral libraba en la antigua selva valdiviana de Chile, ocurría al interior del propio *piwke*, del corazón humano, la sede del *Inche* o del Yo. La batalla externa, la librada con lanzas y flechas frente a los arcabuces de España por ejemplo, no era más que el pretexto, la ocasión coyuntural para obligar a ese mismo corazón a nuevos atrevimientos, a extender el imperio de las potencias dormidas, a vencer la alimaña del miedo y el temor, agazapada en el anterior cubil del alma. El alerta bélica no era más que un percutor y un ejercicio para el verdadero combate: el despertar del Yo Superior, a causa de elevar el nivel del alerta psicológica y espiritual. El verdadero enemigo del antiguo guerrero mapuche eran pues, las formas antiguas y empecinadamente reiterativas de los

---

<sup>2</sup> Por razones obvias, y que se explican así mismas, la clonación, los bebés-probetas, las fertilizaciones *in vitro*, la donación de óvulos, los bancos de semen toda clase de “fertilización asistida” en laboratorios de andrología, etc., desde la antropología mapuche, constituyen aberraciones *contra-natura*, pues serían engendros desprovistos de la fuerza celeste del Gran Espíritu, o de la chispa de la consciencia, que se aloja como una minúscula semilla luego del acto del coito y dependiendo de la calidad humanizada del mismo, de aquella que sería capaz la pareja, cuya “calidad del producto” –la fuerza “humana” o “espiritual” posible- quedaría en directa relación con su nivel de consciencia, alcanzado en ese momento.

viejos y pauteados instintos animales, consistiendo el “verdadero combate” en el esfuerzo por despertar, zafando los firmes ligamentos que empequeñecían el corazón. Y así llegó a comprender lo mismo que la actual neurología: la vigilia habitual es un tipo de sueño, lo que obliga a intensificar el nivel de asechamiento. A fuerza de golpes de audacia, sabiduría y coraje, se pretendía ensanchar en el cerebro las bandas del deseo y de las cortas aspiraciones, rompiendo sus estrechas cavidades para “abrirlo” a nuevos planos y horizontes. Los viejos líderes mapuches del siglo XIX, los caciques que se iniciaban en los *kuramalal* transandinos, -unas grutas propias para las altas iniciaciones guerreras-, iban más allá: hablaban de “cambiarse el corazón”, “hacer nacer un segundo o tercer corazón”, luchar -a pesar del miedo y de la desventaja absoluta-, para “subir a arreglarse el corazón”. En verdad se trataba de la vía mapuche para espiritualizar el alma, donde el abandono de las formas egoístas y estrechamente territoriales del corazón animal, programado así durante millones de años, constituían el auténtico desafío por el cual valía la pena vivir y hacerse un “nombre” en el camino guerrero. Y el *quid* de dicho desafío consistía en cómo transmutar (no matar) esas ya mencionadas y recurrentemente fuertes pasiones animales del alma, para que éstas algún día se entremezclen con las altas y sutiles partículas del inmortal *pellü*, el espíritu. Las estrategias guerreras entonces estaban pensadas para abrir dichos intersticios de la dura identidad animal, dejando expuesta alguna rendija no condicionada por ningún lenguaje conocido, para que pasara la fuerza de la Gran Energía, la *Newen* o energía del espíritu, y así, dentro del alma o corazón-, se pudiera alojar un lenguaje poderoso y desconocido, capaz de impensadas transformaciones suprahumanas.

Pero todavía tenemos una última cuestión “práctica” a considerar. La antropología mapuche, que cuestiona la cristiana-ecolástica que se extendió por Occidente, nos viene a problematizar muchas áreas de unas creencias y corpus de ideas, basadas en premisas débiles que se aislaron como fórmulas vacías en el pensamiento occidental, post Boecio y Santo Tomás. Uno de esos problemas que surge es muy serio. Se trata nada menos que confrontarnos con la duda *¿quién es de verdad el otro?* ¿quién es, en qué fase de su larguísimo camino evolutivo se encuentra? Ese prójimo-próximo que amo o considero mi guía y que, incluso aparece en la televisión ¿podría apenas estar configurando o estabilizando recién su *alwe*, su energía espectral animal, obligándola a duras penas a echar un poco de luz a su inconsciente, sus demonios interiores, antes de que absorba todo su ser (su proyecto de Ser) y “trague” cualquier resto de luz espiritual, como si se tratase de un insaciable agujero negro? ¿Conoce, -ha tomado contacto con sus abismos-, tiene un claro mapa de sus demonios para así poder vencerlos y sumarlos a las huestes que marchan hacia la luz consciente? Y el segundo problema no es menos dramático y sin duda más crucial que el primero: *¿quién soy yo de verdad?* ¿Qué mueve de verdad el fondo de mi corazón? ¿He trabajado la negra y espesa escoria del cerebro del reptil que se quedó dentro para transformarla en energía volitiva y consciente? ¿En qué -la verdad- me he convertido? “Acaso en halcones del sol, en águilas del sol o soy apenas una mosca azul que revolotea atontada y manejada por el *wekufe*, el mal”. Tales

son las sumarias alternativas que un epigrama mapuche nos enrostra, epigrama que el capuchino Augusta recogiera en la costa lafkenche de Puerto Saavedra en el 1910. En último término, esta cosmovisión nos problematiza y aporta en el gran y más decisivo tema de la *identidad*. Nos problematiza nuestro supuesto "Yo" que imaginamos tener, nuestra supuesta "clara y distinta" identidad humana y humanista que alucinamos poseer. (¿Acaso podría haber otra Identidad superior que nos poseería, haciendo creer que "somos"?). Y de nuevo nos podemos dejar de consignar la demoledora coincidencia con los postulados de la neurofisiología de última generación: "el yo es una hipótesis que el cerebro hace de su propia existencia" (Dr. R. Llinas y el "Mito del Yo") Por lo tanto, ¿en qué interesada hipótesis me estoy - o me están - convirtiendo?

Se trataba entonces de crear las condiciones para ese matrimonio místico del espíritu con el alma (*pellü + am = pillán*). La versión occidental, la antigua versión de la mitología griega, no es tan diversa a la mapuche al presentar al audaz y valiente guerrero Perseo (el espíritu), que luego de liberar a su doncella (alma) Andrómeda, corta la cabeza (no lo mata) al dragón que la atrapaba (los fijos circuitos cerebrales del animal), y la lleva a los cielos donde la desposa. Porque sólo de dicha unión nupcial, el alma, entregada a su esposo el espíritu, puede elevarse como estrella de fuego. Pero es preciso que antes, en las vísperas de aquella unión, el *am* o alma, acaso en los instantes últimos o en la etapa final, previa a separarse definitivamente del cuerpo y de su anterior corazón de carne, recapitule dichos antiguos vínculos. Es decir, el *am* o alma u órgano recapitulador del Ser, y ya abierta a los efluvios de su inteligencia espiritual, evalúe y asuma lúcida y trascendentalmente todas sus vicisitudes, caminos y laberintos por donde la condujo la vida, repase quintaesenciando el "espíritu" de las experiencias en otro archivo, dado que la carne de ellas morirán con el olvido de la memoria, destruida con la aniquilación del cerebro. Al vincularse a sus anteriores formas de vida que arrancan desde lo mineral, bajando a la profundidad de las aguas, reptando por el pantano primordial y luego aleteando y subiendo a los aires en un larguísimo proceso evolutivo, extraerá el "oro" más raro: la esencia última de los aprendizajes y sus significados.

Aquí, a la unidad natural e íntima de todas las cosas (monismo "natural", tan propio del panteísmo), al trabajo del alma iluminada ya por el espíritu que la empieza a cohabitar, ésta le suma el monismo trascendental. Es decir, la muy consciente recapitulación y unidad de las realidades vividas, de los hechos, experiencias, entes y elementos de los diversos mundos encontrados durante el transcurso de una existencia humana; para así -a fogonazos lúcidos y precisos de la consciencia- "pasarlos a la otra orilla", la orilla cuántica del espíritu, sin espacio ni tiempo, "lugar" donde éste los hará inmortal.

Entonces cuando termine esa última batalla - la del recuento semántico y su aprendizaje del paso por los siete mundos y los siete planos de la existencia - el Yo o Inche habrá "vuelto a casa": se habrá tornado en un "dominador" o *pillán*

del Cielo, brillando con luz propia, generando vida y energía interminables, de acuerdo con las nuevas, conscientes y autónomas leyes de su propio corazón.

## II. De la singular naturaleza de la religión shamánica indígena de América. Su inesperada modernidad y "utilidad" futura.

En sentido estricto, en la antropología y en la "religión" shamánica mapuche - como es el caso de casi todas las religiones aborígenes precolombinas - *no existe lo "sobrenatural", sino que solo existe lo "natural desconocido"*. En una palabra, al interior de estas tradiciones de sabiduría ancestral, no se está en "el mundo de la fe", no se ingresa al mundo de un determinado núcleo de creencias que luego originen un *corpus* de dogmas. No; al interior de ellas se está en el mundo de la sabiduría, de la *hagia sofía* la "sagrada sabiduría". Si se trata de los mitos sagrados de la cosmogénesis por ejemplo, si se trata de la revelación de los espíritus de los antepasados a la conciencia desdoblada de un *machi* -mujer shamán y curandera- en proceso de curación y de ahuyentamiento del mal. A tales revelaciones divinas se accede no por el camino de la fe, sino por la vía del conocimiento - el camino de la gnosis- del saber manejar las "técnicas arcaicas del éxtasis", para el caso de las *machis*, o de las técnicas semánticas y de interpretación sapiencial, para el caso de la explicación o adecuación reveladora de un viejo mito. "Por no saber, los de Arriba, abusan de uno", confesaba una anciana indígena, alertando de la trascendental importancia que tiene poseer conocimiento válido del Mundo de Arriba o del "Otro Mundo". Y la enseñanza, las pistas de aquél, se pueden aprender o deducir observando atenta y sagazmente "este mundo", el mundo visible, que suele ser metáfora y réplica del invisible, maqueta o parte significativa del todo y de su misterio, que envuelve al Otro Mundo. Porque lo pequeño se corresponde con lo grande. Y el otro supuesto que hace posible el conocimiento de lo sobrenatural, es que también a esta dimensión del universo, -aún oculta para la comprensión humana, limitada pero no cerrada o conculcada-, la traspasan la misma energía, una común fuerza anímica, que todo lo envuelve, tanto lo conocido como lo desconocido. Así pues, la tradición recuerda que "todo está lleno de *am*, de "alma", de psiquis (panpsiquismo), el "protoplasma" sutil y elemental que configura, ordena y enlaza a todas las cosas del universo. Entonces, si hay un elemento común que enlaza a todo, afectando a la parte se afectaría también al Todo, dando fundamento lógico a la actuación ritual del shamán y pertinencia de efectividad a la magia simpática. Esta magia, tan señera de los pueblos aborígenes, parte justamente de estos supuestos: a casa de que los niveles, estadios ("pisos cósmicos", los *ñom* mapuches) o dimensiones del Ser, se corresponden entre sí, las cosas más "bajas" se vuelven mapa, guía, "maqueta" y transparencia de las más "altas". Y como entre ellas, aunque se trate de lejanas analogías, hay un hilo energético común que las conecta, entonces crece el poder y la pertinencia del rito shamánico; el que se vuelve vía inductora eficiente para afectar y alterar el destino, por más invisible o "distante" que se perciba.

En consecuencia, ya no es necesaria la fe para creer en un particular milagro que ocurriría en la "secreta y aislada recámara de los dioses". Como están enlazadas todas las puertas por donde circula un invisible pero real cable de

“fibra óptica” que llega hasta los infinitos millones de ojos del universo, el impulso que determina un par de ojos a cerrarse, vía canal de electrones o “cable co-axial”, obligará a cerrar el par de ojos correspondientes del nivel superior. A causa del principio bíblico “lo que ates o desates en la tierra quedará atado o desatado en el Cielo”, a través del conocimiento, el ritual shamánico mapuche e indígena, opera al modo del “control remoto”: si se sabe “digitalizar” o manipular adecuadamente, si se sabe el precio que hay que pagar; es decir si se conoce el monto energético que es preciso movilizar para activar esos sutiles enlaces, entonces la operación o transformación a distancia quedará consumada. O si preferimos el lenguaje de las comunicaciones satelitales, basta que el machi-shamán conozca con qué medio, con qué onda, *password*, o señal de frecuencia, se activa un canal y una estación receptora, para transformar o alterar la realidad distante, generalmente aquella de un nivel superior que rige o decide efectos y sucesos del plano inferior.

De este modo, las culturas aborígenes de América eran sistemas -con claves epistemológicas secretas- para penetrar en lo Natural-Desconocido, sistemas que se codificaron en el arcano de una lengua y de unos ritos shamánicos. Por su parte, las religiones o los sistemas religiosos shamánicos, son sistemas “verticales” para mostrar e intervenir en los enlaces “finos”, en las uniones secretas y sutiles de los diversos campos energéticos que envuelven y conectan los también diversos niveles de realidad, que el puro “horizontalismo” racional de coordenadas espacio-temporales no puede dar cuenta. Esos sistemas religiosos shamánicos fueron y son “incursiones verticales profundas”, hechas desde un segmento de la realidad -el sacramento de un rito específico o desde una puntual acción psicomágica- destinadas a dar cuenta del paralelismo y correspondencia de los planos del universo, donde todos los sistemas aparecen interconectados.

Vista de este modo, la religión shamánica tiene el conocimiento secreto, la llave de ingreso al misterio, al “Sistema Interconectado Central”. Es decir, al núcleo divino y sagrado que recorre todas las cosas. Y a través de determinadas prácticas “iluminatorias”, en donde la sintonía y un preclaro conocimiento ritual y místico de la “inteligencia interior”, del poder de las plantas alucinógenas, eran sólo una parte del código de acceso, los shamanes intentaban e intentan reproducir la experiencia del éxtasis divino, propiciándose esos “viajes” o incursiones profundas -verticales- tanto hacia los Cielos como hacia los submundos. (Hoy día, los pseudomísticos y drogadictos, ignorantes de las claves de paso, solo penetran hacia “abajo”, hacia los infiernos). Tal experiencia equivale a la posesión de un sentido de que se es parte de algo más grande que comprende nuestra insignificancia, volviéndola una partícula que “ve” cómo el Todo se realiza y actualiza en ella. Y llega el éxtasis, es decir el transporte al otro mundo y la casi absoluta insensibilidad a éste, pues al perderse la conexión sensorial, el cerebro bloquea las zonas de la sensación, que sería el sentido espacio-temporal de ser. Otro camino shamánico y místico es la oración, donde también se crean las condiciones cerebrales para esa inefable sensación de *unidad*, al quedar suspendidas las partes y reunirse el Yo a la consciencia (el arroyo) con algo mayor y más grande que ella; Dios (el océano). Así, el hombre-

del-origen, el indígena precolombino era un shamán y un místico por excelencia, pues era capaz de procesar una inmensa cantidad de información, proporcionadas por vectores no lógicos, sino *metalógicos* (los enlaces finos), pudiendo tener acceso a la "visión" de los espíritus del bosque, en unidad interactuante con los animales y demás seres de la floresta, en una sinfonía de formas y energías diversas. Y la razón de tal capacidad habría que ubicarla en el dato que ocupaban "la parte grande" del cerebro, suspendiendo el dato sensorial de referencia inmediata.

La física cuántica y la teoría de la relatividad hizo que al cabo de pocas décadas no hubiera ya más espacio absoluto, tiempo absoluto, sustancia absoluta y ni siquiera magnitud absoluta. Hizo que la física clásica - que creía tener dominados los secretos (las leyes) de la Naturaleza (?), la roca científica de la "era Newton", se convirtiera apenas en "aproximada", haciendo temblar las soberbias convenciones que imponía el científicismo etnocéntrico europeo. Y si no hay ciencia absoluta, tampoco hay una creencia, ni menos un dogma teológico absoluto.

Tampoco hay por tanto, religión absoluta. Lo que da espacio y pertinencia para el profundo postulado de la religión shamánica de las machis mapuches de Sudamérica: lo infinitamente grande puede ser afectado "manipulado" por lo infinitamente pequeño, a través del medio de una efigie o "amuleto" que lo representa, y a través del deseo mental expresado en un ensalmo o conjuro verbal; pues el deseo es quien alinea y comanda la órbita de los electrones libres del universo. Para los shamanes como la *machi* mapuche, todo es cuestión de deseo, ya que el deseo es la inteligencia del átomo, de un tipo de deseo intenso, conjurado y asociado a los poderes superiores del cosmos: deseo de que avance ese poder - ese campo de electrones - sin contradicciones ni interferencias. Ese amuleto, gesto, ofrenda o ensalmo, cumple la misma función que cumple el modelo a escala de un compás que agranda el dibujo copiado en un plano más grande: servir de "guía" para enfocar la mente y darle "objetivo" a la vasta fuerza psíquica de la intencionalidad humana.

Los shamanes manejan ese campo vibratorio de lo sutil dándole dirección a través de una orden ritual. El electrón obedece al deseo y al ritual. Y el deseo intenso y "limpio", hace avanzar al electrón. La lógica del ritual shamánico sigue la misma lógica de su colega el experto en componer huesos safados: "reencajar órbitas" de electrones excéntricos en su órbita natural, reestablecer la armonía perdida, a través de forzar y expulsar a la fuerza extraña, y por lo tanto maligna, que ocupó un sitio que no le corresponde. El ritual es la fuerza del deseo, que ayuda a que vuelvan a su órbita aquellos electrones débiles y desplazados por los extraños. El verbo del shamán y la mente del enfermo y de sus parientes, ofrecen una fuerza adicional para hacer volver al alma "robada" o extraviada. No en vano "el mal" recibe el nombre de *wekufe* "el nuevo visitante". Y no en vano, la antigua palabra mapuche para "médico" era *ampife*; es decir, "el que es experto en darle órdenes imperiosas al alma"

La religión, por tanto, sólo puede ser comprensión de estas leyes naturales ocultas y práctica de la magia simpática.



Luego de los físicos cuánticos, el principio de incertidumbre y de la irrupción de matemáticos como Riemann y Poincaré, quienes, por ejemplo, demostraron que una geometría no puede ser más cierta que otra; que sólo puede ser más conveniente; que la ciencia o la geometría no es "cierta", sino que es "ventajosa", se impone aquí también una reflexión. Luego de tales demostraciones, podemos llevarlas también a nuestro campo, donde unas arcaicas prácticas sudamericanas, recobran una inusitada luz.

Vistas así, y luego del aporte de estos sabios europeos, una religión o una fe, un dogma, una doctrina, un cuerpo de creencias, no puede ser más cierta o verdadera que otra; solo puede ser más conveniente. *La religión no es cierta, es ventajosa.* Y lo es en función de las convenciones - los nombres y funciones que la propia tribu ha asignado a sus dioses, santos, papas o gurúes -; es decir, en función de los gestos, prácticas, liturgias, convenciones, tal como la tradición los ha definido, *cargándolos* con deseos reiterativos - a veces milenarios - deseos que ordenan la fluctuación libre de las partículas subatómicas del campo imantado de la incertidumbre. Y así, tal como en cada individuo hay un programa cerebral singular que se forma a causa de que el impulso nervioso sigue una trayectoria neuronal, un surco sináptico típico y cómodo, en cada comunidad religiosa, en cada iglesia, se va formando un "surco de intencionalidad litúrgica", que hace obligar a las libres díscolas y autónomas fuerzas extrañas (o ajenas) del universo, a seguir esa tradición, ese surco, para el orden de los electrones que le ha asignado la fe o del deseo. Si las religiones conservan y mantienen un tipo de orden, un determinado *statu quo* de la sociedad a la cual sirven. Por tanto, *no es que las religiones estén en lo cierto; están en lo seguro*, nacidas de convenciones o "verdades" forjadas por la tradición mítica, la misma que se ha ido cargado de poder a fuerza de tanto idéntico deseo, siempre enfocado en el objetivo que se espera. Porque en definitiva no se pasa de lo posible a lo real, sino que de lo "imposible" -de lo improbable- a lo verdadero.

Y así resulta todo es muy lógico en la cultura mapuche. Los que no tienen deseo propio, son autómatas, son "zombies", son los *witranalwe*, "los que le han chupado el deseo del alma". Son, los réprobos, los perdidos, los esbirros del *wekufe*, del "mal forastero" y a la vez que el alimento instrumental del mal, del "demonio". El demonio sólo se lleva a los que no tienen ordenadas sus partículas; suele retroceder frente a los que no tienen miedo, pues eso le indica que han sabido someter sus díscolas fuerzas a un deseo claro e intenso. Y se tiene miedo sólo cuando no se posee un propósito indomable. Si uno no se posee a sí mismo, viene "otro", el *wekufe* "el nuevo visitante", -según la estricta etimología- que nos posee y nos maneja según sus propósitos: mejor según sus despropósitos, que simplemente succiona por sintonía y afinidad (magia simpática) los nuestros... El se lleva lo que es suyo.

Se impone aquí transcribir y comentar una deliciosa historia didáctica y mítica, procedente de los indígenas winnebago, en Norteamérica. La historia contiene una estupenda moraleja respecto al proceso de *cómo* se instala y se impone una

fe o una religión determinada en la conciencia del pueblo, y de *para qué* se instala, *qué* fines prácticos -fines muy pragmáticos, bastante lejos a veces de lo que debiera acaso significar una religión-, es decir, una guía para la transformación interior y así "ingresar" a la inmortalidad del Cielo. Lo cierto que en este caso, sin falso pudor ni gazmoñería hipócrita, la tradición indígena desenmascara el aspecto manipulador que posee la sociología de la religión. He aquí la historia: "Una vez un hombre decidió no creer más en los poderes de la más sagrada y terrible de las deidades de la tribu y manifestó en público su desdén hacia ella. Poco después, esta deidad apareció al incrédulo y lo señaló con el dedo, además que, según la antigua fama, atraía al instante la muerte. El hombre se mantuvo a pie firme, conservó la calma, no pestañeó un instante. Entonces, la deidad cuyo nombre era "El-que-da-enfermedades"- le suplicó que se muriese para que así la gente no se mofase de ella".

Acaso el futuro camino de la religión latinoamericana - la religión de Chile, de México, de Perú, de Brasil, etc, pase por acentuar más aún los rasgos de la religión indígena precolombina y la función shamánica, tal como la exhiben las prácticas del sincretismo mestizo, donde los fieles devotos de Latinoamérica, conectan el Evangelio de Jesús y el ritual católico con las antiguas danzas, exorcismos, ensalmos, peregrinaciones, y sacrificios propios de los rituales y creencias prehispánicas. Aquí, a diferencia de Europa, no se quiso abdicar de la gnosis acumulada, claudicar en la "vía del conocimiento" para acceder a los enlaces finos de lo Natural-Desconocido. No se quiso cancelar el pasado autóctono de una sabiduría acumulada por las visiones de sus shamanes. Europa no quiso seguir a aquella minoría grecoegipcia de unos iluminados primeros cristianos, que no hicieron lo que posteriormente la Iglesia de Occidente hizo en sus países: ensamblar el Antiguo Testamento al mensaje de Jesús. Ellos consideraron al YHVH del Viejo Testamento como una deidad manipuladora y maligna, como un demiurgo sediento de sangre, ajena a su tradición nacional y sapiencial. Comprendieron que Jesús no entronca con dicho demiurgo, más bien lo combate, pues él habla de otra luz, revela otro concepto muy diferente de la tradicional divinidad hebrea. Entonces perfectamente el Nuevo Testamento pudo haberse ensamblado al gnosticismo griego, al *corpus herméticum* egipcio, al monismo celta, al estoicismo romano, o al zoroastrismo persa, etc. pero se optó por las profesías judías que se quisieron reinterpretar con "óptica cristiana". En ello, al judío Paulo de Tarso le cupo un rol fundamental.

En consecuencia, y al igual que ese “incrédulo” de la tribu de los winnébago, quien desenmascaró la impostura y la deshonestidad de un “interés” espúreo de la deidad, que obliga a la muerte de sus fieles para mantener su tiránico poder, Latinoamérica puede en el futuro, prescindir del Antiguo Testamento y reemplazarlo por lo obvio: su propia tradición de sabiduría ancestral.

*Ziley Mora Penroz\**

Concepción, Abril, 2003.

---

· El autor en la actualidad (2003) es investigador y docente en la Universidad del Bío-Bío, experto en la cosmovisión indígena de Chile y autor de una quincena de libros entorno a los temas de la cultura y etnia mapuche.